

ASUNCIÓN CABELLO LÓPEZ

Aros
DE HUMO



LETRAS DE AUTOR

© Asunción Cabello López

© Letras de Autor

Teléfono: 91 151 16 14

info@letrasdeautor.com

www.letrasdeautor.com

Maquetación y diseño de cubierta: Y. Vargas

Primera edición: abril 2017

ISBN: 978-84-16958-89-4

Depósito Legal: M-12213-2017

P.V.P.: 10 € (con IVA)

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

IMPRESO EN ESPAÑA • UNIÓN EUROPEA

A mis dos amores.

*Pedro, marido, padre, amigo, celador
de mi mundo. Adrián, fascinado desde
niño con cuentos que imaginaba para él.
Ya hombre, antes de emigrar a otro país
dijo: «Mamá, inventa nuevas historias».*



I

Trigo Y Azúcar

S uena la sirena bajo un cielo gris marengo. Casas de vecinos se vacían a la carrera arañando costados contra fachadas desconchadas en calle Justo Valera, estrecha, sin aceras. El vocerío aumenta por segundos.

—Sara, coge a la niña y a Manu, ¡corre! Yo me adelanto a pillar sitio con Luis y Tomás —grita Herminia Solaz desde el fondo de la calle con la cesta de la compra sin nada colgada del brazo.

Sara Alvarado no oye los gritos de su madre, solo quiere leer en los labios, ahogados por el vocerío, el mensaje de Miguel Granados, que apoya espalda y pie derecho contra la pared de enfrente: «¡Morena mía, la más guapa de la calle!», grita sin que se le oiga entre chillidos de miedo. Sara, agarrada a la baranda de un balcón con macetas casi secas a sus pies, mira hacia abajo, a la cara del soldado de uniforme equivocado. *Mi amor, mi poeta, mi vida entera se va contigo, Miguel. ¿Si no vuelves, quién leerá versos*

para mí?, piensa sin saber que piensa. El joven hijo del panadero, días después reclutado por los franquistas en noches de raptos de paso hacia Madrid, asco de sus noches, vergüenza de sus días, convencido de que ganarán la guerra sus ideales libertarios aún contra su propia vida, recoge con ambas manos el beso que Sara le lanza desde el balcón llevándolo a sus labios. «¡Volveré, Sara!», chilla por encima de gritos en fuga de los que huyen hacia el refugio. Aprieta el paso, mirando hacia atrás, estirado el cuello sin dejar de gritar «¡Espérame, Sara, volveré!» entre la multitud que arrasa la calle.

Sara lo sigue con la mirada. Se erizan sus vellos recordando besos tras el portón de su casa tres noches seguidas, con ansias y temor de que sean los últimos. Se echa sobre la baranda, se agarra a los barrotes, tumba una maceta, pisa la tierra que se derrama «¡Miguel, vuelve!». Sabe que sus palabras se han perdido en el aire sin ser oídas. Baja la cabeza, se gira, ajusta las alpargatas grises a los talones, llama a sus hermanos pequeños, recoge el pelo largo ondulado en coleta baja, se gira de nuevo al balcón, mira hacia abajo: «Te voy a esperar toda la vida, Miguel», habla a la calle ya vacía.

—Vamos, Julita, dame la mano, y tú, Manu, no sueltes el inhalador —Los sujeta bien fuerte por las muñecas, bajan apretados por la escalera de caracol hacia un patio interior abovedado, de coloreados cristales en una casa de alquiler sin vecinos.

La calle ha quedado desierta, silenciosa de voces, de pasos galopantes como cascos de caballos, envuelta en ruido estridente de sirenas que no cesan. Sara tira de Julita, cumplido los tres, frágil, casi de algodón, que tropieza cada dos pasos contra un suelo desigual.

Manu, cumplido los siete, escuálido, enfermo del pecho, arrastra los pies con la boca abierta emitiendo sonoros pitidos.

—¡Sara, venga! —grita la madre volviendo la cabeza sin verlos, vuelta ya la esquina, dejada atrás la taberna.

—¡No puedo correr más! —Sara siente sus piernas de palo.

Don Antonio Domínguez, vendida su alma al abuelo militar de Cecilia por una parroquia, dueño del perdón o excomunión de las almas que acuden a la iglesia Virgen de los Reyes, a diez minutos corriendo de caserones casi en ruinas. Esconde a sus feligreses y a los que no son, en un refugio improvisado bajo una trampilla detrás del altar.

—¡Trae a la niña, Sara! —Herminia, de un tirón, agarra a Julita y la coge en brazos—, y ponle el inhalador a Manu, que se está asfixiando, ¿no lo ves? —Se sienta en un rincón casi a oscuras, sobre cajones viejos llenos de ropaje misal desusados de la sacristía, sube a la pequeña sobre su falda descolorida, arrugada, y le da un beso silencioso en la pálida mejilla. «Pórtate bien, bonita», no sabe que su bonita morirá incompleta antes de cumplir los trece. Mira a Manu, que se ahoga; a Sara atontada, distraída, con el inhalador en una mano lacia; pone a la niña en pie y, de un manotazo, quita el inhalador a Sara. «¡Ven aquí!», agarra a Manu de un puñado por la camisa y le mete el inhalador hasta la garganta. «¡Vamos, chupa, chupa aire!». Manu aspira Benzadrina, importada del extranjero por el jefe de su padre, recompensa a una fidelidad de años sin fisuras. Julita levanta los brazos. Herminia, en la semioscuridad, la sube junto a Manu, amparándolos con su desgastada toquilla.

Manu deja de dar pitidos. «Señor, vela por mis hijos. Santa María, tú que eres madre, ampáralos», reza en la penumbra del húmedo recinto, con polvo adherido a paredes quebradas.

Sara no encuentra dónde sentarse. *Un año ya, ¿hasta cuándo?, qué hacen los Santos ahí fuera, tiosos, sin importarles que los re-vienten.* Pega el costado a la pared, apenas puede moverse entre silenciosos cuerpos temblones, observa alrededor cabezas gachas mirando al suelo que le parecen multiplicadas por mil, y suspira. En la penumbra del terror apenas se distinguen jóvenes de viejos, hombres de mujeres. El aire se espesa después de veinte minutos de bombardeo continuo volviéndose repugnante. Sara mira ab-sorta la trampilla por donde entra una raya de luz. *Es como estar muerta, bajo tierra, sin un corazón que duela, muerta para siempre.*

Las sirenas dejan de aullar. Don Antonio Domínguez exige, a los hermanados en el miedo, rezar dos padrenuestros y dos ave-marías antes de volver a sus casas, o a lo que quede de ellas. Los feligreses, bajo fe forzada, ahogados en la incertidumbre perpetua de un mañana donde pueden no existir, aun sin sitio donde poner las rodillas, rezan; rezan de pie, superponiendo palabras en un querer acabar antes, imposibilitados para pensar, para entender lo que dicen sus bocas. Antes de abrir la trampilla del todo, empujan al padre sin miramientos y salen pisándose unos a otros omitiendo disculpas, sin mirarse las caras, sin saber cómo son los que han compartido con ellos un tiempo de muerte. Herminia, aparentemente calmada, deja sobre un suelo sin enladrillar, a ras de cemento, a sus dos pequeños, se pone en pie, alisa la falda

hacia abajo con ganas. Quiere borrar con las manos las arrugas de la tela, las de la frente enconada. Se endereza. Espera aspirando humedad a que salgan todos.

—Mamá, ¿falta mucho para que acabe la guerra? —dice Luis, segundo de sus hijos, cumplido los doce, posterior a Sara, la mayor de los cinco, entrada en diecisiete.

—No sé, hijo. Pero si esto no para, no hará falta que nos preocupemos nunca más.

Herminia mira al sacerdote, aún pegado al quicio de la trampilla a la espera de que salgan los últimos que piensan en salvar no sus almas, sino el denso de sus desnutridos cuerpos. Se vuelve a Luis.

—No me hagas caso, hijo. La guerra acabará pronto, ¿verdad padre?

Van dos años de bombardeos, carreras diarias a la iglesia, innumerables padrenuestros, avemarías, pitidos de Manu, cabezas al suelo, silencios, llantos de bebés nacidos en malos tiempos, mamando pechos vacíos en un recinto viscoso, oscuro, desconchado, considerado como propio por los que van quedando vivos, más unidos en el miedo cada vez, conocedores ya de sus nombres y apellidos. Bajan la voz al nombrar a sus muertos, mutilados, desaparecidos... mientras oyen de lejos bombas con destinos predeterminados. Ahora hay sillas plegables de madera bajadas del oratorio, ocupando los espacios de aquellos que no volverán. *Esto no se va a acabar nunca, te extraño Miguel.*

El tío de Sara, en carrera perdida a la vida, sabe que no llegará al refugio por más que alargue sus piernas; entra de cabeza en un barril de vino vacío junto a la puerta de la taberna que hace esquina

a Justo Valera. Metralla de aviones bajos agujerean la madera pastosa, sombría, con olor rancio de tinto barato, soplando su futuro de notario para siempre. *Pienso en el teatro, tío, tu empeño en llevarme, tu mano huesuda sobre mi hombro de niña: La Verbena de la Paloma, Doña Francisquita, La revoltosa... En tu risa descarada eligiendo con la vista a la más guapa del coro, evitando mirarme, fuera a darme cuenta y le soltara el chisme a la abuela.*

—Mamá, ¿y si nos quedamos en la iglesia hasta que acabe la guerra? —sisea Manu entre hipidos—. Me duele mucho aquí de correr —Pone la mano en su aplastado pecho, abre los ojos muy grandes—. Anda, dile a don Antonio que nos deje allí, díselo, mamá. —Se mete el inhalador hasta el fondo, aspira sin fuerzas. Dejará de hacerlo al cumplir treinta y nueve, exhalando por última vez junto a un balcón con salida al patio abovedado de colores, bajo el llanto callado de su madre.

La comida escasea: garbanzos, lentejas, patatas, pan negro; a veces, un poco de leche. Es cuanto hay. El único huevo que entra en la casa lo trae en el bolsillo de la chaqueta Andrés Alvarado, padre de los niños —Encargado de la fábrica Taillefer de soldadura eléctrica y autógena—. Es para Manu, que acaba de cumplir los siete y parece tener veinte en sus ojos cansados y dos en sus piernas, por lentas. Sara, harta de comer siempre lo mismo, harta de todo, deseando ver a Miguel, se hace la enferma, dice no tener ganas de nada, no hay otra forma de conseguir de su madre un gazpachuelo con el huevo para Manu. *Soy mala, no merecía la*

pena el caldo amarillo, nunca volveré a robar a mi hermano, lo juro. Pronto cumpliré dieciocho y me siento vieja. Miguel, tienes que volver antes de que muera, me lo prometiste. ¡Vuelve!

—Luis, lleva a Julita a la puerta a que le dé el sol —dice Herminia poniendo una felpa rosa en el fino pelo de la niña—. No la sueltes de la mano que es muy pequeña.

—¿Por qué no se lo dices a Tomás? Estoy haciendo barcos de papel con el periódico que trajo anoche papá.

—¡Tomás ha ido por el pan, deja los barcos para luego!

Un domingo gris domina el cielo a principios de febrero del treinta y nueve. Hace días que no se oyen las sirenas. Ningún pitido de trenes de cercanías suena en noches calladas. Los raíles han sido arrancados de las guías, vendidos por gente sin pan como chatarra. Carros tirados por mulas pasan frente al portal de la familia Alvarado. Hombres serios bajo ropas gastadas, alpargatas de campo, cigarrillos liados a mano colgando de labios arqueados hacia abajo; golpean con varilla fina, sin ganas, las ancas del animal. Luis piensa en barcos de papel ocultos debajo de su cama con temor, no sea que su hermano Tomás se los quite, y suelta a Julita que cae de mala manera sobre el escalón del portal, dañándose la tibia llevada a gangrena nueve años después, acabando con su vida, matando el dormir de su madre.

Sara, sobre tela de cojín, borda un gato tumbado, grande, de ojos profundos que parece va a saltar, maullar, correr fuera de los

hilos. *¿Por qué no deja que aprenda a coser?, podría hacerme vestidos, faldas... Bordar no sirve para nada, le digo, pero ella no escucha, no le importa lo que quiero. «Una señorita debe saber sus labores, Sara, coser no atrae a buenos partidos, hija. Tú hazme caso. Cuando acabe esta guerra, volverán muchos soldados buscando formar una familia y podrás elegir», repite una y otra y otra vez intentando convencerme. Una mañana sin sol, su hermano Luis olvidó cerrar la puerta y alguien robó el cojín. No me da pena, solo es un dibujo, un animal de mentira. Mi madre sigue enfadada desde hace días, no entiende que no me importe el gato, el cojín, el trabajo gastado sin ganas, no sabe nada de mí.*

Caléndulas, alhelíes, pensamientos, esperan asomar en los tiestos del balcón. Sara los riega con mimo, sabe que pueden acabar destruidos por la metralla, igual que su tío. Aun así, los riega —ignora que pronto la guerra habrá terminado—, forman parte de sus tareas impuestas: fregar platos, suelos, cristales, bañar a Julita, rellenar el inhalador de Manu, entretener al parchís a Tomás y Luis, de diez y doce años. Se mira al espejo de puerta. *He cambiado mucho desde que te fuiste, Miguel. ¿Te gustaré todavía? Me veo muy delgada, el pelo más largo, en trenza de indio, los ojos más negros, de haber entrado en noches de muerte... No puedes tardar. El hijo del carnicero lleva dos permisos... ya te toca, Miguel, ya te toca.*

Un grito de chico, no mayor de quince años, se oye en la calle. Sara mira a través de la celosía pintada de verde sobre la ventana de abajo, en el comedor, junto a la colección de clásicos encerrados

bajo llave en la biblioteca de su padre. Ve troceado un cuerpo que corre, lleva pantalón corto, tirantes, camisa blanca, flequillo pinchando sus ojos, brazos remando al viento en carrera sin destino.

—¡Han matado a Miguel, el hijo del panadero! ¡Lo ha matado un compañero en la cantina por traidor, por insultar a Franco! —queda el eco encajado en fachadas de estrecha calle serpenteada de adoquines calientes. Sara cae sobre el antepecho de la ventana al suelo.

Días oscuros siguen enmarañando pueblos y ciudades agotados, destruidos, arrasando tierras de todos por todos, buscando una liberación ficticia. Entra abril asomando flores, llevando a su fin una guerra que nunca debió darse. Sara busca a su poeta lanzando letras gruesas en anuncios de diarios. No quiso ir al entierro del hijo del panadero. *¿Qué has hecho con tu promesa, Miguel? Sé que no estás en ese cajón llegado del frente.* A media fe, escribe a soldados como madrina de guerra, buscando al lector de poemas, enviando mensajes que solo ellos conocen. Contestan otros soldados cansados de oler pólvora, deseosos de paz. Quieren conocerla, les gusta su foto. Piden visitarla con suma delicadeza. Jóvenes de ojos tristes, bocas forzadas a sonreír sobre instantáneas en blanquinegro. Los rechaza ante su madre con motivos falsos. Ninguno es Miguel. Herminia no sabe quién dará aire a su hija, quién llenará sus silencios.

—Bernardo parece un buen hombre, hija, tiene tierras, te dará una buena vida, no lo rechaces sin más, piénsalo.

—Vive en Jaén, no quiero perder a mi familia —Mira el bajo de la batilla de medio luto de la madre—. Además, tú no quieres que me vaya, lo dices por decir.

—No, Sara, no te equivoques, tu verdadera familia está por llegar. La formarás con tu marido y tus hijos. Yo solo quiero lo mejor para ti.

—Esperaré.

Un único sueño mantiene sus días: Ella y Miguel, fundidos sobre sacos de trigo y azúcar en la trastienda, donde se amasaba pan y horneaban pasteles antes de las cartillas de racionamiento, oyendo de su boca rimas de poetas.

Eduardo Úbeda ha vuelto del frente intentando borrar de su mente una guerra que nunca quiso, quedando atrapado en ella, de la que no puede salir. Visita a varias madrinas de guerra, la novia que dejó en el pueblo no quiso esperarlo, mece en sus brazos un hijo parido con otro. Ve a Sara y cree haberla soñado desde la cuna. La corteja con flores, visitas diarias, requiebros de pueblo en tono estudiado: «Sara, no morí en el frente, no dejes que muera por ti». Clava sus ojos en una boca que espera los labios de un poeta. Eduardo Úbeda abandona el pueblo, a su madre, a su hermana, la plaza donde fusilaron a vecinos y amigos por mamar desde siempre ideas comunistas. Pide un préstamo al señorito, trabajó sus tierras, firma pagarés al doble de interés en dos años. Abre una tienda de comestibles en un barrio de salarios bajos y paros intermitentes. Le regala a Sara un futuro sin hambre. Sara

Alvarado, guarda el sueño vivo de Miguel. Se casa con ley y clero bendiciendo una unión coja. Tres hijos sanos y un marido complaciente no consiguen alejar de ella a ese joven de equivocado uniforme.

Hace mucho que la guerra terminó. Nadie habla de ella. Sara Alvarado acaba la suya en la cama, un día gris de otoño tardío, con el pulmón encharcado en agua, sin trigo, sin azúcar, sin rima.



II

Memoria ajada

A mi corta edad me parecía un castillo, pero solo era la casa de mi abuela. Alta, ancha, constreñida a ambos lados por paredes colindantes a ella en Justo Valera, calle serpenteante, estrecha, sin aceras, donde dos hileras de casas encaramadas a punto de embestir sus tejas flotantes a las aladas de enfrente, anunciaban una guerra pasada. Su número compuesto alardeaba una gallardía desdibujada, semejante al frontal de paredes oscurecidas por lluvias y truenos de metralla, dando paso a un portal grande, con escalón de mármol decadente, picoteado de balas, donde se cayó mi tía Julita de mala manera a la edad de tres años.

Pasado el portal a la derecha, asomaba la salita de estar con cuatro sillas, aparador amplio de madera vieja en cuya cumbre, un reloj antiguo de tres patas, se empeñaba en recordarnos la hora en que murió mi tía antes de cumplir los trece. El aparador ocultaba en sus cajones el ajuar que no pudo estrenar.

Desde la misma salita se podía ver la calle tras una ventana a la altura del zócalo, cubierta hasta la mitad por una celosía pintada de verde, donde mi madre oyó gritar la muerte de Miguel. Junto a ella, la biblioteca de mi abuelo, Andrés Alvarado, hombre de mucho leer y poco hablar, encarcelada con candado la colección de clásicos tras una pared de cristal donde, a veces, creía ver saltar letras en negrita con historias desconocidas para mí. Del techo, colgaba triste una lámpara de escasas lágrimas sobre la mesa redonda; recogido entre sus patas, un brasero de carbón y cisco durante las tardes de invierno mientras, sin ganas, distraía la mirada entre las complicadas puntillas del mantel de croché tejido con primor por mi abuela Herminia.

Saliendo de la salita y a continuación del portal, aparecía radiante un patio abovedado de cristales coloreados, lugar de charlas entre mi abuela, las vecinas y Sara, mi madre, que allí siempre era más intensa e incisiva, contraria en todo a mi abuela. «La comunión de los Santos, existe», argumentaba mi abuela en creencia de verdad. «Eso son invenciones de la Iglesia», decía mi madre. «No blasfemes, Sara, siempre hay gente buena que comulga a diario». «Yo no conozco a ninguna», respondía mi madre dirigiéndose a las vecinas; mientras yo, en balanceos sin ruido sobre la mecedora bajo la escalera de caracol, merendaba un bollo untado con margarina y dos pastillas de chocolate, oyendo contar las historias de Cecilia y el cura don Antonio, y la de Adela con su hijo Pablo enamorado del baile. Ese mismo patio aglutinaba el alma de la casa. Una fortaleza sobreviviente a bombardeos mal enfocados, anidada de ratas y cucarachas sus entrepiernas

de baldosas bastas, enredada su espalda con tejidos de arañas de cabezas negras, cubierta su cumbre de cristales quebrados, franqueando la entrada al invierno con su frío, con su agua.

Más al fondo aparecía el comedor, lugar sagrado donde desaprovechar una migaja de pan era condena al infierno.

—Tirar comida es el peor de los pecados —Frase dicha por mi abuela en tono bíblico.

Un comedor en penumbra, colgado en su frontal un cuadro plateado en relieve de *La Última Cena*, donde en las esquinas, arañas blancas de largas patas deslizándose por telas extendidas cubiertas de polvo negruzco, tejían incansables, mientras yo las miraba de lejos, sentada en la silla de enea bajo juego malabar de cambiar a mi hermano Javier, su plato medio vacío por el mío casi sin tocar. Eran días de domingo, durante la viudedad de mi abuela, cuando nos reuníamos a la mesa, en su casa.

Tras la pared, a la izquierda del comedor oscurecido, estaba la cocina con dos fogones de carbón sobre una encimera de ladrillos finos encajada a la pared y, frente a ellos, varias baldas combadas en su mitad soportaban ollas, cacillos, garrafas y otros enseres propios del lugar. A la izquierda, una ventana siempre abierta atrapaba la poca luz de un patio abovedado de colores, y a la derecha, adosado a ella, asomaba un patinillo cuadrangular, tan reducido, que solo cabía el lavadero, un cubo de lata y un váter sin tapa. Allí, en un techo a medio abrir, con un tragaluz ahogado desde donde se podía ver alguna nube errante seguir su camino, o caer pinchos de agua en tormentas nocturnas, nos bañábamos por turnos.

Podría decirse que mi abuela Herminia, era afortunada de vivir sin vecinos en una casa con planta baja y alta, gracias a mi abuelo que, después de mucho llorarle, la sacó de un corralón con cuatro niños pequeños y una barriga malograda trece años después.

Solo el patio, con su techo abovedado de cristales de colores, enseñaba sus dientes desiguales en escalones recortados, estrechos en un extremo, dando paso en caracol a las habitaciones de arriba. Lugar de venidas y despedidas en el dormitorio grande, cuyo balcón sin macetas, entornaba sus puertas al día oscureciendo el entorno, empotradas en la noche, dejando pasar solo el aire suficiente para no asfixiarse.

Adornaban la estancia una cómoda alta, llenos sus cajones de sábanas bien planchadas, camiones de algodón blanco, tiesos, y pastillas de jabón de olor. Un crucifijo a la cabecera, tan cerca de la almohada que parecía podía caer sobre los durmientes si abusaban de la concupiscencia. Dos mesitas de noche con sendas lamparitas largas, cortas de luces, enmarañaban el techo de figuras danzantes. Allí dio mortaja mi abuela a dos de sus cinco hijos: Julita y Manu. Y al marido, mi abuelo Andrés.

—¡Para volverse loca! —gritó en un pronto de angustia impropio de ella siempre tan fría. Sin saber entonces que también perdería a Luis.

Anexo al dormitorio de vivos y muertos surgía, más allá de los pies de la cama, otro más pequeño, apretado, sudadas sus paredes de tanto llanto empapado en pena proveniente del contiguo, en el cual, dijo ver mi hermana Luchi, siendo aún muy niña, a mi tía Julita, muerta ya, sentada y llena de luz sobre el baúl bajo la

ventana, tan enfrentada a las tejas amenazantes como el frontal de la casa. Allí seguía la misma cama de entonces, con cabecera de tubo niquelado, colchón de lana alisado a golpes de puño, ropero con espejo arañado su espaldar y un Cristo bañado en sangre colgado en la pared lateral, para poder verlo nada más volver la cabeza en noches de vigilia. Yo solo veía dos habitaciones frías aún en agosto.

La planta alta, de dormitorios llenos de lágrimas ocultas bajo somieres de hierro, estaba dividida por un pasillo corto con ventana al patio y, después, otra habitación tan perfecta en su cuadrado que daba vértigo. Sudario de mi tío Manu, el asmático, hombre repleto de encanto en su escuálido cuerpo enfermo desde los dos años. Me enamoraba al dejarme tocar su pelo escaso y sedoso hacia atrás, sentada en sus muslos agarrotados por falta de uso, mientras se balanceaba en la mecedora junto al lecho destinado a recoger su último aliento, soñando besos prohibidos de Rosalía Inés, detrás del mostrador de frutas y verduras. Nunca el aire fue complaciente con él. No en esa mecedora. No en esa habitación, robada su luz a un cielo sin nubes por el balconcillo que daba al patio abovedado de colores.

Tres dormitorios al final de la escalera de caracol que hubiesen podido llevarnos al cielo consumían nuestras vidas, tragándose el agua, la rabia mía, encogida en un cuerpo de niña, aún sin acabar, con la obligatoriedad de fregarlos cada semana de rodillillas, sin plegarias al Altísimo. Veía el suelo rojo infierno succionar el agua nada más llegar, antes de frotarlo con un trozo de manta vieja, vaciándose el cubo en dos pasadas, pinchándome gruesa las ganas de llorar.

—La fregona es cosa de puerkas —decía mi abuela Herminia antes de la primera misa dominical—. Venga, no seas vaga, niña. Que todo esté limpio cuando regrese.

Había noches, obligada por mi madre, en las que me quedaba a dormir para que no se sintiera tan sola en una casa tiempo atrás llena de voces dispares, ahora vacía; y como regalo sin precio, me dejaba la cama grande, donde había perdido el sueño durante el año de velar a mi tía Julita mientras la invadía la gangrena, usando la habitación contigua, quizá huyendo de sus muertos dejados bajo mi espalda, sumergiéndome con sus silencios de cementerio en profundas imágenes dantescas.

Al cumplir los diecisiete dije a mi madre sin que lo oyese mi abuela:

—Cuando me case quiero que esta casa sea mía. Aquí nacerán mis hijos.

—Olvidalo, Teresa —dijo sin mirarme.

—¿Por qué, si a nadie le gusta?

—Esta casa no es nuestra. Yo le pago el alquiler a la abuela. El día que ella falte, otra familia la habitará.

Pasó mucho tiempo antes de olvidar la casa y a mi abuela. Pero a veces, tras la vigilia, me asaltan patas largas y blancas sobre un suelo sediento de agua oscura en un cubo antiguo, con las mismas ganas de llorar de entonces.